

EUGENESIA: CIENCIA Y RELIGIÓN. UNA APROXIMACIÓN AL CASO CHILENO*

EUGENICS: SCIENCE AND RELIGION. AN APPROACH TO THE CHILEAN CASE

MARCELO SÁNCHEZ DELGADO
Universidad de Chile
Santiago de Chile
E-mail: mjsd.historia@gmail.com

RESUMEN

El trabajo tiene como objetivo investigar las relaciones de continuidad y tensión entre el proyecto moderno, el pensamiento religioso y la propuesta eugénica en el contexto chileno.

El trabajo inicia con una reflexión general sobre las relaciones entre eugenesia y religión en el contexto moderno, para luego abordar fuentes primarias que incluyen textos de médicos y abogados chilenos de la primera mitad del siglo XX.

El resultado fundamental del trabajo demuestra que el debate del pensamiento eugénico en el contexto nacional no estuvo ajeno a las fuerzas religiosas, utópicas y mistificantes que tendían a ver la eugenesia como la religión del futuro y como un pensamiento de vanguardia, alternativo y crítico del cristianismo. Por otra parte, destaca también como resultado del trabajo, una aproxi-

ABSTRACT

The work aims to investigate the relationships of continuity and tension between the modern project, religious thought and the eugenic thinking in the Chilean context.

The work begins with a general reflection on the relationship between eugenics and religion in the modern context, and then engages with primary sources that includes works by lawyers and physicians of the first half of the Chilean twentieth century.

The main result of the study shows that the discussion of eugenic thought in the national context was no stranger to religious, utopian and mystifying forces, which tends to see eugenics as the religion of the future and as a thinking alternative and critical of Christianity. Moreover, also stands out as a result of this work,

* Recibido: 17 de abril de 2014. Aceptado: 5 de junio de 2014.
El presente trabajo forma parte del Proyecto Fondecyt N°1130031 : “Modernización y cultura en América Latina: pensamiento y literatura”.

mación y revalorización de las relaciones entre catolicismo y eugenesia en el contexto chileno.

Palabras clave: Eugenesia, modernidad, religión, Latinoamérica, Chile.

a new appreciation of the relationships between Catholicism and eugenics in the Chilean context.

Keywords: Eugenics, modernity, religion, Latin America, Chile.

I. ¿ES LA EUGENESIA UNA MEDICINA MODERNA?

Al amparo de la idea de confrontar el proyecto moderno con las prácticas y discursos médicos que se despliegan en el espacio latinoamericano a finales del siglo XIX y principios del siglo XX, este trabajo investiga en las líneas de tensión y continuidad entre la modernidad y el aspecto religioso de la propuesta eugénica, principalmente en Chile.

Siendo la modernidad un concepto elusivo resulta importante definir brevemente lo que aquí entenderá por modernidad. Es de interés en este trabajo la idea de proyecto moderno; es decir, la noción de que la modernidad es, como dice Habermas, un proyecto inacabado de racionalización progresiva de las relaciones sociales; y en algún sentido inacabable, como propone Marshall Berman, en la medida en que nuevas modernidades se van desplegando en oposición a las anteriores.

¿Cuáles serían, entonces, las características de una medicina inmersa en el proyecto moderno? Al menos en el plano discursivo, sería esperable encontrarnos con propuestas médicas fuertemente ancladas en el racionalismo y en la dimensión secular, ajenas a la invocación de la tradición y de las fuerzas ontológicamente estables y conservadoras de la religión y la metafísica. ¿Es el caso de la eugenesia, la ciencia de vanguardia que se preocupaba del mejoramiento de la raza, basándose en lo más avanzado de la genética de principios del siglo XX?

Como propuesta médico social preocupada por el control y selección en el proceso reproductivo humano, la eugenesia era sostenida como parte de una solución moderna y de vanguardia científica frente al panorama de la degeneración biológica y moral que, en el diagnóstico eugénico, presentaban los “no aptos” y “disgénicos” de todo tipo: inmigrantes, criminales, alcohólicos, tuberculosos, sifilíticos, enfermos mentales, portadores de taras hereditarias y los pobres en general. Desde sus orígenes en la propuesta de Francis Galton, enunciada ya 1865 y articulada en sus rasgos esenciales hacia la década de 1880, la eugenesia, ciencia del buen engendrar según la etimología de la palabra, centró sus preocupación en el control y mejoramiento de los seres humanos, tanto a través de una selección

de los mejores y aptos, como a través de diferentes formas de limitación a la reproducción de los que se consideraban peores y poco aptos¹.

Algunos eugenistas laicos y positivistas latinoamericanos de la década de 1930 aspiraban a constituir un espacio de debate en el que se negaba de plano la posibilidad de intervención de agentes que no tuvieran formación científica en biología, medicina, sociología o en el ámbito legal; intentando así dejar fuera de la discusión toda referencia a cuestiones religiosas o morales, que se solían remitir a un “humanismo mal entendido” (Sánchez, 2012: 379).

Sin embargo, los argumentos, las ideas, las prácticas, así como la orientación total del proyecto eugénico en distintos contextos nacionales, apelaron muchas a viejas tradiciones metafísicas y a la religión como idea fuerza. Lo que desarrolla este artículo es un acercamiento a algunos de los puntos de tensión y continuidad entre el discurso eugénico y la perspectiva religiosa, en el contexto chileno.

II. LA AUTORIDAD DE LA ANTIGÜEDAD.

El problema básico que definió la eugenesia fue el de la reproducción diferencial entre el sector “apto” (familias distinguidas por su acción en la sociedad y por su riqueza), que se reproducía poco; y el sector “disgénico” (los pobres, poco inteligentes, proclives al crimen, en proceso degenerativo, contagiados por enfermedades sociales, entre otras categorías), que se reproducían mucho y terminarían por ahogar a los aptos. Vistas así las cosas, claramente se estaba hablando de un problema inserto en una sociedad de clases y centrada en un proceso de lucha darwiniana entre naciones lanzadas a la carrera industrial. De aquí que en el periodo de entreguerras fuese también un tema eugénico, el logro de un pueblo sano y productivo. En este contexto, podría verse como incompatible para un proyecto científico de estas características, buscar autoridad o experiencia fiable en

1 Tanto en los textos de los eugenistas como en la historiografía dedicada al tema, se ha naturalizado la idea de una “eugenesia positiva”, que alienta la reproducción de los aptos y los mejores así como las mejoras ambientales; y otra vertiente “negativa”, que se preocuparía por controlar y reprimir la reproducción de los menos aptos, los que portan taras hereditarias, los criminales, etc. De esta división se ha desgajado la idea de una eugenesia anglosajona, que usa preferentemente de la eugenesia negativa, y una eugenesia latina, de corte ambientalista y de coerción débil. La perspectiva que he asumido es la de evitar el uso de tales términos dado que estimo que tienden a crear una separación retrospectiva respecto de lo que considero era un proyecto único. Tampoco asumo la idea de una “eugenesia latina”, dado que bajo ciertas condiciones esa forma de entender la eugenesia estaba dispuesta a dar los pasos necesarios hacia las medidas más duras. La discusión en extenso de estas categorías queda fuera de los alcances de este artículo.

sociedades tradicionales, pre industriales y traspasadas de pensamiento mágico. Lo que ocurrió fue todo lo contrario.

Los ejemplos de la figura retórica de una apelación a la antigüedad pueden encontrarse en el apartado inicial de cientos de escritos eugénicos. Los eugenistas de orientación laica dedicaban una parte no menor de sus argumentos a establecer un vínculo entre la eugenesia y la tradición de sociedades antiguas. Que esta argumentación se llevase a cabo con ejemplos de la antigüedad helénica, podría resultar entendible al considerar la especificidad racionalista del “milagro griego” y su supuesta continuidad en Occidente. Pero puestos a buscar fuerza argumental en la antigüedad, los eugenistas laicos retrocedieron hasta los códigos hinduistas y el antiguo testamento.

Veamos algunos ejemplos en el contexto chileno. Para el médico Walde-
mar Coutts, Director General de Sanidad y representante chileno en la Segunda Conferencia Panamericana de Eugenesia y Homicultura realizada en Buenos Aires en 1934, la única diferencia entre las prácticas eugénicas de la antigüedad y las prácticas modernas eran las del conocimiento biológico y social más refinado:

entre las prácticas del troglodita, las medidas espartanas, las doctrinas de Platón y la actualidad, existe, para llevar a feliz término los anhelos sustentados por la eugenesia, la diferencia fundamental que proporciona un mejor conocimiento de la biología, las leyes de la herencia y de los fenómenos sociales (Coutts, 1934: 398).

Los fines y los problemas se entendían idénticos para la práctica en la antigüedad como para los problemas de la década de 1930, que se resolvían eso sí, como advertía Coutts, en relación al mejor conocimiento de los mecanismos biológicos de la herencia.

Manuel Martín Álamos, en su Memoria de Prueba para la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile del año 1935, hacía un recorrido histórico más extenso, en la línea de obtener una validación de las medidas de esterilización eugénica. Según Martín, Moisés habría prohibido el matrimonio consanguíneo y el de los “atacados de dolencias morbosas” (Martín, 1935: 5) y el Código de Manu de la India tendría indicaciones estrictas de prohibición para la “mezcla de las razas inferiores con las superiores”(5).

Martín continuaba su exposición con el ejemplo de Esparta -un clásico en la argumentación eugénica-, cuyos métodos si bien se describían como “los más crueles que es dable imaginar” (6) habrían culminado en un “pueblo cuyas virtudes han pasado a la posteridad como un símbolo de perfección” (6). Según Martín, Atenas habría aplicado las mismas prácticas “pero si más humanizadas”

(7). Las medidas eugénicas atenienses, que podemos deducir como las de la educación física, conducían a Martín a una visión esperpéntica del presente, ya que comparados con los atenienses, “que contraste nos ofrecen los pueblos de la actualidad con sus millones de hombres, sin que tengan un centenar que alcance a ser la sombra de aquella maravillosa elite de atenienses” (7). Las medidas espartanas aludidas no eran otras que las del infanticidio perpetrado en los recién nacidos que la asamblea consideraba débiles o defectuosos. Esparta, como sabemos, era el modelo de Hitler, que admiraba “sus brutales prácticas de dominación y selección, en las que reconocía la sabiduría de su cruel reina” (Amery, 2002: 79). Esa reina era la naturaleza, tal como la entendía el líder nacionalsocialista.

La mayoría de los escritos eugénicos solían detener aquí su búsqueda de autoridad en la antigüedad y pasaban, asumiendo una solución de continuidad que no necesitaba demostración ni explicación, a las medidas eugénicas del siglo XX, ignorando selectivamente los procesos de industrialización, urbanización y proletarización, que en otros ámbitos resultaban centrales en sus argumentos. Manuel Martín, como latinoamericano, se vio al parecer, en la obligación de aportar alguna autoridad antigua surgida en estas tierras y apuntó como aval de eugenesia una costumbre infanticida precolombina, narrada por el cronista jesuita José de Humillas². La idea de arraigar la eugenesia en la historia precolombina del continente tendría algunos continuadores en el tiempo. En la Semana Eugénica realizada en Oruro, Bolivia, a fines de septiembre de 1944, el jurista y publicista Benigno Carrasco llevaba la cuestión del valor de la raza al contexto del imperio incaico, en el que gracias a la buena nutrición, el indígena fue “robusto de talla alta y daba un mayor porcentaje en el trabajo sin grandes fatigas y preocupaciones” (Carrasco, 1945: 3) y, por lo tanto, provisto de una dotación racial superlativa. Los indios mitayos que conducían al inca cientos de kilómetros en andas, daban cuenta para Carrasco de “la resistencia estupenda de los indígenas de aquella época, de esa admirable “raza de bronce” que nosotros deberíamos calificarla de raza de diamante, porque sabía suplir la falta de vehículos motorizados” (3). Así, la eugenesia era también precolombina.

Por su parte, en un artículo aparecido en el número inaugural de los *Anales de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Chile*, el profesor de Medicina Legal de la carrera de derecho en la sede de Valparaíso, Juan Andueza Larrazábal, presentaba su tema –las leyes de esterilización– bajo la idea que “nos convenceremos una vez más de que nada nuevo hay bajo el sol” (Andueza, 1935) y que la tradición eugénica de las sociedades antiguas estaba en

2 La obra de Humillas que cita Manuel Martín Álamos es *El Orinoco Ilustrado y Defendido* de 1645.

una línea de continuidad directa con las leyes raciales y de esterilización eugénica iniciadas en Estados Unidos. El pasaje de Andueza es un buen resumen de esta manera de entender un vínculo directo entre tradición antigua y ciencia de vanguardia, especialmente por la fuerza de la relación directa que establece con las medidas esterilizadoras eugénicas y raciales norteamericanas de principios del siglo XX:

Las ideas eugenésicas no datan ciertamente de ayer, y si consideramos que el Código de Manu prohibía las uniones con familias afectas a determinadas taras y que las más antiguas leyes hebraicas cuidaban de evitar el matrimonio consanguíneo y con epilépticos, leprosos, alcohólicos y tuberculosos, nos convenceremos una vez más de que nada nuevo hay bajo el sol. Nadie ignora los medios sumarios y expeditos que, siguiendo las indicaciones de Licurgo, empleaba Esparta para eliminar los recién nacidos débiles o defectuosos, incapaces de llenar los fines bélicos que eran entonces preocupación preferente del Estado. Y así como Roma procuraba impedir las uniones de sus hijos con peregrinos y extranjeros, hoy día veintiocho Estados de la Unión Norteamericana vedan el matrimonio entre individuos de razas heterogéneas, velando por la preservación de tipos raciales amenazados por la inundación creciente de la estirpe de color. Pero no se detuvo allí la gran nación del norte en su empeño por resguardar de la decadencia a su linaje. (...) Se prefirió llegar allá hasta las fuentes mismas de la vida impidiendo la propagación natural de los portadores de lacras trasmisibles (Andueza, 1935: s/p).

Amanda Grossi Aninat, en su texto sobre eugenesia de 1941, vinculaba la ciencia eugénica con un variopinto paisaje de pueblos, códigos y autores de la historia antigua. Para ella, serían raíces de la eugenesia el código de Manu de la antigua India, los “antiguos iranos” y los “viejos arios” (Grossi, 1941: 8). También lo serían los hebreos, Homero, Esquilo, Sófocles, Eurípides, Aristóteles y Platón. Esparta, que en esta retórica tenía siempre un lugar especial, era para Grossi “la raza que logró pasar a la posteridad el ideal de perfección y belleza” y “modelo de organización racial” (9).

A los críticos de la esterilización eugénica no se les escapaba el flanco de contradicción que ofrecía una ciencia de vanguardia basada en la autoridad de la antigüedad. El doctor Roberto Barahona, en su intervención sobre la eugenesia en la Jornada Católica de Estudios Médicos de 1936, realizada en Santiago de Chile, indicaba que el deseo de emular las prácticas de Esparta era parte de

un “espíritu cavernario” (Barahona, 1938: 189), poniendo en entredicho la asociación directa que los eugenistas proclives a la esterilización querían presentar entre la antigüedad clásica y la práctica eugénica del siglo XX.

Por otra parte, es lógico que los católicos atacaran la idea de que la autoridad moral para las acciones sociales había que buscarla en las tradiciones antiguas, ya que ello suponía una flagrante renuncia a la moral cristiana. Apelar a Grecia y a otras tradiciones antiguas era, en última instancia, un ataque al cristianismo por parte de los eugenistas radicales, quienes sostenían que el judaísmo y la la religión cristiana habían olvidado, con perversidad según se señalaba algunas veces, las lecciones que conducían, y que podían conducir nuevamente, a la creación de “una magnífica estirpe de animales humanos” (La Vergata, 2013: 237). A esto se sumaba que el impulso religioso de la propia eugenesia no era menor. De hecho, en un fenómeno paradójico, la eugenesia fue vista y propuesta muchas veces como una forma nueva y superior de religión.

III. EUGENESIA: ENTRE CIENCIA, RELIGIÓN Y COMPASIÓN HUMANITARIA.

En tanto obra de re-creación humana, como señala Anne Carol, el eugenismo puede considerarse por definición un proyecto impío. Sin embargo, el fundador de la eugenesia, Sir Francis Galton, que tenía una vena anticlerical que le había llevado a demostrar estadísticamente la ineficacia de las plegarias, tenía también una vena utópica de reforma humanitaria que le llevó a declarar en diferentes oportunidades que la eugenesia no sólo debía significar una forma diferente de entender los sentimientos humanitarios, sino que debía llegar a ser el reemplazo natural de la religión (La Vergata, 2013: 236). La eugenesia podía ser vista, alternativamente, como una propuesta científica contraria al humanitarismo “mal entendido” de las religiones, como solían escribir los propagandistas eugénicos más radicales, o como una nueva religión, la religión del futuro³. A través de esta última manera de pensar se profundizaba una tendencia que se venía desarrollando con fuerza: la paradójica reunión del médico y del sacerdote en la figura del eugenista (Carol, 1998: 254).

El mismo Galton llegó a prever que en algún momento se plantearía “una Jihad o Guerra Santa contra las costumbres y los prejuicios que estropean las cualidades físicas y morales de nuestra raza” (La Vergata, 2013: 237) y Leonard

3 Una nota alternativa en este contexto la constituye el pensamiento del anarquista ruso Piotr Kropotkin, cuyo programa intelectual de la primera década del siglo XX consistió en ofrecer una base de fundamento ético diferente a las propuestas del individualismo nietzscheano y el cristianismo, con base en la biología. (Girón, 2013: 200).

Darwin, al inaugurar el Primer Congreso Internacional de Eugenesia de 1912, propuso que esta debía considerarse “un sustituto de la religión” y una “búsqueda del Grial” (237). A su vez, cuando el primer periodo de enfrentamiento pudo ser superado, Jesús y el cristianismo pudieron ser releídos y propuestos como parte de una proceso eugénico⁴.

La visión religiosa de la eugenesia dio pie a que los procesos eugénicos fueran vistos como acciones cargadas de tintes mistificantes; concretamente, como una forma superior de misericordia y de caridad. Así, la extinción de razas inferiores y su reemplazo por las superiores, y el sufrimiento que se evitaba al impedir el nacimiento de un “tarado” o al asesinarlo, siguiendo el ejemplo espartano, fueron entendidos como una actitud piadosa e idealista; en definitiva, religiosa, como pone en evidencia el “idealismo ingenuo” (Platten Hallermund, 2007: 87) que profesaba alguna parte del personal religioso y médico, encargado de las acciones de eutanasia durante el nacionalsocialismo.

Los propagandistas chilenos laicos de la eugenesia no estaban ajenos a los problemas religiosos y morales que presentaba el proyecto eugénico. Por ejemplo, en la memoria de Manuel Martín de 1935, se señalaba que en la Edad Media, “la selección natural impera sin contrapeso alguno” (Martín, 1935: 8), reafirmando el carácter oscurantista, brutal y violento de los tiempos de la dominación eclesiástica. En este plano, el texto de Amanda Grossi era algo más específico, ya que para ella “la Edad Media, sumergida en el fanatismo, no arroja luces sobre preocupaciones eugénicas” (Grossi, 1941: 9). El médico viñamarino Hans Betzhold, en su premiada obra de 1939, señalaba que el sentir religioso era “el escollo crónico de la Eugenesia” (Betzhold, 1939: 34).

Manuel Martín reconocía a la religión católica un mérito civilizador, ya que “hizo desaparecer de la conciencia humana esa indiferencia absoluta ante el dolor que envolvían las prácticas eliminativas antiguas” (1935: 8). Pero, en su visión, no se trataba sino de una etapa transitoria, que podía ser resuelta con mejores herramientas por la ciencia, que “ha buscado medios eliminativos que encuadren dentro de los más puros principios humanitarios” (8). Nótese aquí, según lo hemos señalado, la asociación entre “medios eliminativos” y una nueva forma de humanitarismo.

4 Se propuso en un medio de prensa de Estados Unidos que el mismo Cristo era parte de un proceso de selección religiosa y moral, y que sus enseñanzas, en el lenguaje eugénico, podían ser traducidas del siguiente modo: “haz a los nacidos y a los que no han nacido todavía lo que quisieras que los nacidos y los no nacidos todavía te hicieran a ti” (La Vergata, 2013: 237). En el contexto de la tradición Völkisch alemana la idea de un “Cristo ario” tuvo singular éxito (Noll, 2002).

En el texto de Coutts de 1934 podemos encontrar la visión de un mundo natural al estilo de Huxley; es decir, un mundo que no es sino un despiadado campo de batalla entre las especies. En palabras de Coutts, “los seres vivientes, tanto del mundo animal como vegetal, luchan unos contra otros y se devoran para subsistir” (Coutts, 1934: 397). Es un mundo en el que no hay lugar para la piedad o la solidaridad, ya que se cumple una inexorable ley: “los menos adaptados o con menos defensas –para el combate y contra las enfermedades– sucumben, mientras que los mejor adaptados y los mejor armados persisten” (397). Se trataba de la misma visión que dirigía el pensamiento nacionalsocialista, que veía a “la historia natural vista desde la perspectiva de Darwin vulgarizado y carnicero” (Amery, 2002: 59).

Coutts se plegaba también a la idea de que el humanitarismo y las medidas de solidaridad social con los enfermos constituían un orden que pervertía la ley de selección natural, reafirmando la idea de un humanitarismo mal entendido que debía ser superado. Según Coutts:

en el período más avanzado de civilización la filantropía llegó hasta el punto de dedicar preferente atención a los inferiores físicos y mentales, prodigándoles toda clase de cuidados y proporcionándoles toda clase de garantías. En estas condiciones subsistieron y subsisten numerosos seres que por ley natural, habrían sucumbido y que actualmente, gracias al concepto de humanitarismo, persisten y se reproducen, transmitiendo por herencia su mal o predisposición (Coutts, 1934: 398).

En términos muy similares Juan Andueza presentaba este mismo problema:

Sin duda alguna, el progreso de la caridad y de la asistencia social ha favorecido la supervivencia de los inaptos, que en un régimen de rigor natural estarían condenados a desaparecer en buena parte. Entre tanto, se presenta por otro lado la complejidad creciente de la civilización que exige para su mantenimiento y progreso, cualidades de inteligencia, carácter e iniciativa que no es lógico suponer en individuos degenerados o inferiores (Andueza, 1935: s/p).

Una de las exposiciones más conscientes del conflicto entre religiosidad tradicional y la aplicación de los principios eugénicos la podemos encontrar en la intervención del profesor Juan Noé en la Semana de la Tuberculosis, realizada

en Santiago de Chile en 1926⁵. Su posición pro eugénica era clara y la eugenesia era parte fundamental de su docencia. Noé se preguntaba abiertamente:

¿qué puede hacer hoy día la ciencia médica a favor de estos desheredados físicos y morales? Poco, es cierto; mejor dicho casi nada, sin embargo la endocrinología, subsidiada por el psicoanálisis, nos reserva indudablemente gratas sorpresas⁶ (Noé, 1926: 572).

Otras medidas, como la esterilización eugénica, quedaban para Noé supeditadas a un enfrentamiento entre las religiones y el racionalismo científico. Para Noé, resultaba claro que la medicina y la sociología estaban todavía: “totalmente subordinadas a los sentimientos humanitarios, cuya evolución ha sido registrada y fomentada por las religiones más espirituales, como la budista y la cristiana” y “las medidas eugenéticas de selección artificial, dictadas por el racionalismo puro, no pueden ser aceptadas, por lo que refiere a la sociedad humana” (Noé, 1926: 572).

Los médicos, en su práctica pública como sanitarios y en la clínica privada, según Noé:

no pueden permanecer inertes, no digo indiferentes, frente al crecimiento continuo, en progresión geométrica, de estos tipos distróficos raciales, es decir, ya permanentes y hereditarios, de los cuales sólo una pequeña parte está destinada a desaparecer espontáneamente por degeneración progresiva (572).

En sus *Apuntes de Herencia*, que Noé manejaba como elemento privado, desplegaba en forma mucho más clara su posición a favor de la esterilización eu-

5 Juan Noé, junto a Federico Johow y Max Westenhoffer, formaron parte de los maestros europeos de mayor influencia en el mundo médico chileno de la primera mitad del siglo XX (Cruz Coke, 1995: 501). Hablamos, por lo tanto, de una figura fundamental de la medicina chilena. El programa docente de Noé, según lo reseña Cruz Coke, desarrollaba los contenidos de “anatomía comparada, citología, histología, mendelismo, evolución, eugenesia, y enfermedades hereditarias” (503). La figura de Juan Noé aparece casi siempre en la historiografía, ligada a su gran gesta de erradicación de la Malaria en el norte del país y a su gran influencia en varias generaciones de profesionales de la salud en el país.

6 De qué manera concreta la combinación de endocrinología y psicoanálisis iban a generar una aplicación práctica sobre los degenerados y desadaptados es algo en que Noé no profundiza. En todo caso, la sugerencia de esta combinación de saberes en la reforma social y moral, parece anticipar las pesadillas de la normalización conductual de homosexuales y enfermos mentales a través de terapias hormonales y cirugías químicas.

génica y su percepción de que el conflicto religioso y moral en curso, en el futuro daría paso a un triunfo de la ciencia eugénica. En palabras de Noé:

Se presenta bruscamente el problema de la moral eugénica y choque con esta moral a la debemos nuestra existencia civilizada Hay, pues, un serio conflicto entre la nueva moral y la moral tradicional consignada, especialmente, en las religiones. Lo vemos, p. ej. cuando se trata el problema de la esterilización, a la cual se opone la moral tradicional. Sin embargo, la ciencia dice que es necesaria en ciertos casos bien determinados, para evitar la perpetuación de cepas esencialmente perversas desde el punto de vista psíquico y moral y también para evitar la persistencia y aumento de las cepas taradas fisiológicas o físicamente. Con el tiempo se eliminará el conflicto, mientras tanto estamos en transición (Salinas, 2011: 172).

La visión eugénica de Noé aparece como la más cercana a un proyecto racionalista, ya que no busca reemplazar a la religión tradicional por un nuevo credo eugénico, sino que esperaba una imposición natural del pensamiento científico, en la medida en que la historia evolucionara hacia un desarrollo cada vez mayor de los valores modernos, racionalistas.

En otros autores, la misma apelación racionalista podía revestirse del lenguaje religioso. En 1924, uno de los discípulos de Juan Noé, el doctor Ottmar Wilhelm, asumía la cátedra de Zoología Médica en la nascente carrera de Medicina de la Universidad de Concepción. El discurso de su cátedra inaugural dejaba muy en claro que los médicos eran parte de la tradición racionalista ya que señalaba que ellos eran “los hijos espirituales de Galileo, quien introdujo primero en las ciencias, el método experimental, como positivo instrumento de la investigación y del pensamiento inductivo de Aristóteles, de Bacon, de Descartes y de Kant” (Wilhelm, 1924: 364) y en coherencia, como comunidad, estaban en la obligación de “mantenernos en el más escrupuloso objetivismo” (364).

En la tradición de la medicina experimental y racional, la última adquisición, según Wilhelm, eran la endocrinología y la eugenesia. Sobre este punto señalaba que “es también en el terreno experimental de la Zoología, donde el médico encuentra los fundamentos de la Eugénica, esta ciencia joven que tiende al mejoramiento de los caracteres físicos, psíquicos y morales de la humanidad” (Wilhelm, 1924: 378).

Y aunque insistirá en la perspectiva racionalista, en lo que se refiere a la eugenesia, proponía una visión religiosa, en la que el médico “ante su noble y responsable misión social, no podrá desconocer los principios de la eugénica

para guiar cual consciente misionero a la humanidad por el sendero de la felicidad suprema, la salud” (Wilhelm, 1924: 383).

Como puede verse, los eugenistas chilenos no estaban ajenos a las fuerzas y contradicciones religiosas y morales que se derivaban del proyecto eugénico. La idea de que el cristianismo había forzado a un humanitarismo mal entendido era predominante y habla, en definitiva, de un contingente profesional, de clase media y laico, que estaba dispuesto a presentar un frente de pensamiento eugénico en abierta oposición a los valores cristianos. Sin embargo, en la plasticidad que le es propia, en sus mil caras, la eugenesia también podía aparecer en algún momento como parte de un plan divino.

IV. EUGENESIA Y CATOLICISMO: LOS ANTECEDENTES, EL CASO MÖNCKEBERG Y LA JORNADA CATÓLICA DE ESTUDIOS MÉDICOS DE 1936.

En el ámbito chileno, una de las primera noticias en torno a las relaciones entre eugenesia y religión, proviene de los reportes que el doctor Lucas Sierra envió a Chile sobre el XVIIº Congreso Internacional de Medicina celebrado en Londres en agosto de 1913⁷. En dicho congreso intervino como orador principal el Deán de la Catedral de Saint Paul, quien propuso a los médicos la unión de eugenesia y religión en una cruzada.

Para el Deán, según la transcripción que Sierra dio del discurso en la *Revista Médica*, el médico podía mantener vivo a un cliente con “dudosa ventaja para la colectividad” (Sierra, 1914: 23) y de ello se podría derivar la “enfermedad del cuerpo político” (23). Para el clérigo, la esperanza en el progreso social sólo podía darse en la medida en que, a través de la ciencia, se lograra que: “el término medio de salud, fuerza y hermosura del pueblo hayan aumentado considerablemente i cuando los crímenes y vicios que hoy surjen como almacenados en algún reservorio sean comparativamente raros” (24). Aunque no la menciona, resulta claro que el Deán de Saint Paul está pensando en la eugenesia, la ciencia preocupada por el aumento de las medias estadísticas de calidad de una población. Para el clérigo la ciencia que podía realizar tan magnos avances, no era mera obra humana: “la ciencia que realiza estos progresos es una revelación divina que debe ser usada” (24).

7 Las relaciones entre eugenesia y cristianismo en el contexto internacional son en extremo complejas. En un arco que va desde el rechazo, como ocurrió con la jerarquía católica alemana en el periodo nazi, hasta una sintonía y confluencia, luego de adaptaciones previas, como muestra el caso de la jerarquía vaticana en la década de 1930, eugenesia y cristianismo abren un campo de estudios particular, que resulta imposible abarcar aquí en forma extensa.

Las declaraciones finales del rector de la Catedral de Saint Paul resultan impactantes por la propuesta eugénica precisamente definida en torno a ideas fuerza como la búsqueda de la raza perfecta, la voluntad de intervenir médicamente a la sociedad y la idea de que el humanitarismo es una actitud equivocada y maligna. Para el Deán:

la raza humana es actualmente una simple caricatura de lo que podrá ser en un futuro no lejano si se deja seguir a la ciencia un camino sin las interrupciones de una falsa bondad de humanitarismo, que no es bondadosa sino para ser cruel (anti viviseccionistas). El perfeccionamiento intelectual i moral será tan grande como el físico; la raza hará un gran paso hacia el hombre perfecto (Sierra, 1914: 24).

El conjunto del discurso, originado en una autoridad religiosa anglicana y difundido en Chile a través del principal medio de discusión académica de la medicina del periodo, contiene los tópicos eugénicos más radicales: búsqueda de la raza perfecta, aislamiento de todos los “asociales”, desprecio del humanitarismo como un obstáculo al desarrollo de la ciencia y la idea de un amplio control estatal del estado eugénico de la población. Aunque nunca se menciona la palabra eugenesia en todo el discurso, éste constituye -hasta donde alcanzan nuestras investigaciones- la primera difusión del programa eugénico radical en Chile. Como puede constatarse, no se trataba de un discurso que pueda ser visto como una mera continuación del pensamiento higienista, como se ha señalado (Cid, 2009).

V. EL CASO MÖNCKEBERG: “DE UN OBRERO NO SALDRÁ JAMÁS DIRECTAMENTE UN INTELLECTUAL DOTADO DE VERDADERA CULTURA”.

La figura y el pensamiento del Dr. Carlos Mönckeberg Bravo presentan un panorama muy complejo de cara a las relaciones entre eugenesia y catolicismo en el país. Carlos Mönckeberg nació en 1884. Se graduó de médico en 1908 y continuó sus estudios de medicina en Francia en 1911, con Adolf Pinard y Jean Lous Fauré del Hospital Cochin (Cruz Coke, 1995: 523) y en Alemania durante el año 1912. Al regresar al país fue médico jefe de una de las secciones de maternidad del Hospital del Salvador a partir de 1916 y profesor de obstetricia de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile en 1921 (Chuaqui et. al, 2005: 40). Desde estas posiciones de poder inició una campaña, que culminaría con éxito en 1927, para la construcción de una maternidad en el Hospital San Vicente de Paul; la que fue diseñada por su hermano arquitecto siguiendo los modelos alemanes. En

1935 participó de la fundación de la Sociedad Chilena de Obstetricia y Ginecología y fue su primer presidente.

Médico católico, resultó pieza fundamental en la concreción de un proyecto largamente deseado por la jerarquía católica chilena: una Facultad de Medicina, en la que pudiera formarse un profesional que enfrentara con una práctica médica católica al ambiente positivista, racionalista y masón que campeaba en la Universidad de Chile.

La filiación católica de Mönckeberg no le impedía, en todo caso, ser un defensor de la doctrina eugénica en el país. Por tratarse de un obstetra formado con Pinard, estaría justificado pensar que buena parte de su pensamiento eugénico provenía de la vertiente puericultora francesa. Esa perspectiva resultaría confirmada por el análisis de su texto de 1925, *Consideraciones sobre la protección social y médica de la mujer como factor de eugenesia*, que ponía acento en la eugenesia entendida como puericultura antenatal y como protección del binomio madre-hijo, especialmente en el caso de la madre soltera de los sectores marginales. La postura contraria al Neo Malthusianismo, expresada en este artículo de 1925 y la postura anti aborto, expresada en polémica periodística en enero de 1936 en relación a la Convención Médica de Valparaíso de ese mismo año, podrían presentarnos a la figura y el pensamiento de Mönckeberg como parte de una vertiente católica de eugenesia, contraria a los métodos anticoncepcionales, al aborto y a la esterilización eugénica. Sin embargo, el pensamiento eugénico de Mönckeberg ofrece más de una lectura.

El paso de Mönckeberg por el decanato de la Facultad de Medicina de la Universidad Católica fue bastante efímero. Tan pronto como que en 1932, apenas un par de años después del inicio formal del proyecto, Mönckeberg dejó la Universidad Católica. El mismo año de su renuncia el pensamiento eugénico de Mönckeberg mostró nuevas orientaciones. En 1932 daría a conocer su completa adscripción al pensamiento eugénico más duro, a través de un extenso artículo. En este trabajo, Mönckeberg se definía a sí mismo como un “tocólogo aficionado a la eugénica” (Mönckeberg, 1932: 359). La preocupación principal del texto era el clásico problema eugénico: la baja tasa de reproducción de las clases virtuosas e intelectuales, frente a la alta de los incapaces.

La visión de Mönckeberg era de un organicismo social radical, en que a diferentes sectores sociales les tocaba ser “brazos” y trabajar; y a otros, “cerebro” y pensar (360). Ambas actividades eran para Mönckeberg, incompatibles ya que: “no pueden los mismos hombres realizar ambas tareas: la pesada y burda de los brazos, y la fina alambicada del cerebro” (360). Ante la irrupción de la temática obrera en la prensa, opinaba Mönckeberg que había faltado una preocupación idéntica por las clases intelectuales. La misma práctica democrática le parecía

antieugénica y la despreciaba ya que “la inmensa mayoría de los que sufragan está compuesta por individuos mediocres, prefieren a los hombres de su talla, a quienes comprenden mejor, por que, teniendo sus mismas debilidades y sus mismas pasiones, tienen sus mismos intereses” (Mönckeberg, 1932: 361).

A esta amenaza nacional, sumaba un panorama internacional muy similar y sobre el que ofrecía, como opiniones autorizadas y de máxima importancia, los trabajos de los líderes eugenistas de Estados Unidos y de Alemania. De Charles Davenport tomaba las cifras de reproducción de los graduados de Harvard en comparación con las de los inmigrantes y de Rudolf Lenz, un ejemplo clásico, mil veces repetido por los eugenistas radicales: si la población de Alemania se hubiera dividido hace algunas generaciones en 50% de blancos y negros, dada una tasa de reproducción diferencial, se tendría en algún momento “sólo 9 blancos por cada mil habitantes” (Mönckeberg, 1932: 363). La mediocridad y la maldad se habrían impuesto⁸.

El prejuicio de clase hacía entonces su aparición más franca; opinaba Mönckeberg que: “es indudable que los individuos de menor valencia psíquica o las clases sociales con menor instrucción se propagan más fácil y rápidamente por menor conciencia o más escasa preocupación de su responsabilidad ante el provenir de la familia y de los hijos” (Mönckeberg, 1932: 363). De aquí a la defensa de la esterilización eugénica, había un solo paso. Y Mönckeberg lo dio, señalando que “ante tal amenaza se comprende que se haya llegado a proponer la esterilización de los individuos de menor valencia en defensa de la comunidad” (363).

Puesto en el plano de la cruzada eugénica, Mönckeberg realizaba afirmaciones de un determinismo hereditario rotundo, en el que los médicos tenían un lugar de honor: “se puede declarar que las aptitudes intelectuales se transmiten en forma regular de padres a hijos”, así “todos los hijos de médicos, se han particularizado por su cultura y por sus disposiciones profesionales” (364). Y volviendo sobre la larga tradición craneométrica que había acompañado el desarrollo del pensamiento eugénico y el racismo científico, Mönckeberg llamaba a considerar la relación ya demostrada entre el tamaño medio de la cabeza y la situación social de los individuos (365). Craneometría de clases que, según Mönckeberg, ya había sido detectada por los comerciantes, ya que “los fabricantes de sombreros conocen el hecho curioso y hacen medidas más altas de los sombreros caros, ya que

8 En el texto del profesor de Medicina Legal Juan Andueza, citado en este trabajo, el ejemplo de la reproducción diferencial de blancos y negros también aparece, agregando que la parte negra es la que podemos reemplazar por los “tarados” y “criminales”.

los baratos han de ser adquiridos por obreros o gentes que, en general, trabajan poco con el cerebro” (365).

El determinismo biológico y de clase se unían fatídicamente en las palabras de Mönckeberg: “la formación de verdaderos hombres de valer necesita un proceso de germinación a través de varias generaciones y de un obrero no saldrá jamás directamente un intelectual dotado de verdadera cultura” (366). Algo similar a lo que Hitler decía sobre los negros en *Mi Lucha*: se podía adiestrar a un negro como abogado o profesor, pero eso no era un “científico” (Améry, 2002: 67).

Ante el panorama mediocrizante del sufragio universal, el líder de la medicina católica llamaba a los aristócratas del intelecto, los médicos, a agruparse y defender el “derecho basado en la ciencia y la conciencia” (368). Un derecho que suponía en Mönckeberg el desprecio a la democracia y la defensa contumaz de los privilegios de las elites. Ciencia y conciencia, como vemos, no querían decir siempre o solamente, respeto por la vida y actuación médica y científica sujeta a la moral cristiana. La deriva eugénica de Mönckeberg parece haberse acentuado aún más en los años siguientes, llegando a comunicar en 1934, la realización de “abortos terapéuticos” en madres tuberculosas, situación en la que declara que “hemos procedido en varios casos con buenos resultados” (Mönckeberg, 1934: 459).

Dada su participación fundamental en la fundación de la Escuela de Medicina de la Universidad Católica y su figuración pública en el debate sobre el aborto, resulta de un profundo interés conocer estos aspectos polifacéticos del pensamiento y las prácticas clínicas de Mönckeberg. En su militancia en la causa eugénica desplegó un desprecio profundo por la democracia y un autoritarismo duro y excluyente basado en el organicismo social y la herencia. La sabiduría de los fabricantes de sombreros debía resultar esclarecedora para el país. Del hijo de un obrero no podía jamás nacer un intelectual de “verdadera cultura”.

VI. LA JORNADA DE MÉDICOS CATÓLICOS DE 1936.

Si la Convención Médica de Valparaíso de 1936 puede ser descrita como “un hito en la historia del aborto en Chile” (Del Campo, 2008: 150), la respuesta del ambiente católico a esta avanzada de los médicos progresistas y de izquierda del puerto chileno, podría ser señalada como un hito en la historia del conservadurismo católico.

Los médicos porteños plantearon el problema del aborto como un problema social que debía ser enfrentado en perspectiva nacional y eugénica (152). Como el problema básico que diagnosticaban era la pobreza, su enfoque se dirigía principalmente hacia la idea de la “maternidad consciente” (157). La reacción

vino, aparte de algunas polémicas de prensa, de forma más contundente en la Jornada Católica de Estudios Médicos de la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos⁹, realizada en Santiago a fines de 1936. Como el sector médico progresista había planteado en un solo frente cuestiones relativas a la maternidad consciente, el aborto eugénico, la esterilización eugénica y las medidas anticoncepcionales, la respuesta vino articulada en una forma similar, llevando hacia un mismo terreno todas aquellas medidas.

La Jornada Católica de 1936 planteó tres secciones: la científica, la médico social y la médico moral; siendo esta última la que agrupaba mayor número de intervenciones y la mayoría de ellas dedicadas a una argumentación contra la anticoncepción y la esterilización eugénica. Cómo además, la esterilización eugénica era un problema no menor en las relaciones entre el régimen nazi y el Estado Vaticano, las intervenciones variaban su interlocutor en forma -a veces muy difícil de distinguir-, entre el nazismo y los médicos favorables a la anticoncepción y la esterilización en Chile. El objetivo de la Jornada era hacer aparecer una opinión católica y científica, frente a lo que los organizadores consideraban una “desorientada y amorfa opinión médica actual” (Montero, 1938: 4).

El comentario directo a las cuestiones eugénicas en las Jornadas comenzó con el trabajo *Los Católicos ante el problema científico de la eugenesia*, del Dr. Roberto Barahona. Siguiendo una línea ya bien desarrollada en el contexto italiano a través del pensamiento de Agostino Gemelli, de la biotipología de Nicola Pende y de la encíclica *Castii Conubi* de 1931 de Pío XI, Barahona afirmaba que en realidad la Iglesia Católica no condenaba al eugenismo “por que sabe muy bien que nada hay de censurable en pretender mejorar la calidad del elemento humano en el mundo” (Barahona, 1938: 188), sino específicamente “algunos de los procedimientos propuestos o llevados a la práctica, cuando ellos vulneraban principios inamovibles de la moral o de la religión” (188). Para Barahona, Iglesia y Eugenesia eran en realidad fuerzas coincidentes, ya que:

la iglesia es la mejor ayuda de la Eugenesia, por cuanto, al defender la institución familiar, al velar por los derechos económicos sociales de las clases desvalidas y al consagrar la actividad de muchos de sus

9 La Academia de Medicina de la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos (ANEC) fue fundada en 1911 y refundada como Academia de Medicina San Lucas, por Decreto Canónico de fecha 15 de abril de 1940, firmado por el Cardenal José María Caro, quedando adscrita a la Junta Arquidiocesana. En palabras de Pinto y Salazar, la ANEC, “fue para los corporativistas católicos de los años 30 lo que había sido la FECH para los anarquistas de los años 20” (Pinto y Salazar, 2002: 122).

mejores hombres a la educación sana de la juventud, hace Eugenesia verdadera, sólida, desinteresada (Barahona, 1938: 188).

Así, la visión de una iglesia antieugénica era considerada por Barahona como una “mala fe” de “nuestros leaders eugenistas” (Barahona, 1938: 188). Coincidiendo con la agenda pronatalista del fascismo, señalaba que en realidad la Iglesia había condenado “todo procedimiento que lleve a una limitación voluntaria y artificial de la natalidad” (192) y pasaba a enumerar una serie de argumentos científicos a favor de las familias numerosas: eran la condición del surgimiento de genios y favorecían la longevidad, entre otros. La limitación del número de hijos en las clases modestas podía además afectar las fuerzas dinámicas de la sociedad y traer:

una disminución de las reservas vitales de la sociedad y su ruina fatal. Este es un punto sobre el cual conviene llamar la atención: las sociedades se renuevan constantemente y lo hacen a expensas de las clases modestas: Mario y Cicerón, Miguel Ángel y Los Medicis, Lincoln y Mussolini, no han sido excepciones, sino sólo representantes máximos de un proceso que se viene realizando día a día desde la noche de los tiempos (Barahona, 1938: 195).

Barahona condenaba las prácticas que limitaban la natalidad y resolvía su posición a través de una confesión de fe: “creo en cambio en la Eugenesia robusta que nace de una nación consciente, patriota y cristiana”, afirmaba, para concluir que “creo, finalmente en la eugenesia del sacerdote, que al trazar el signo de la Cruz en la absolución, levanta a un hombre caído y lanza al mundo un nuevo hijo de Dios” (Barahona, 1938: 200). Siguiendo el pensamiento de Barahona, eugenesia, medicina y sacerdocio eran actividades coincidentes en sus objetivos.

Si Barahona coincidía con la política pronatalista del fascismo italiano y consideraba a Mussolini un genio surgido de un fondo poblacional, en la misma sección médico-moral, el Dr. Agustín Orriols argumentaba contra el aborto, aduciendo entre una multitud de argumentos, las fuertes penas que el código alemán señalaba para aquellos que practicasen manipulaciones en el cuerpo de la embarazada (Orriols, 1938: 205). De lo anterior surge un caleidoscópico panorama: los católicos podían estar en contra de la esterilización eugénica y al mismo tiempo podían ser admiradores de Mussolini y de ciertos aspectos de la política nazi.

Entre los textos presentados en las Jornadas, el más vociferante tal vez sea el del Dr. Juan Wilson de Viña del Mar, en el que a través de la discusión de la anticoncepción, se cuelan durísimas afirmaciones antisemitas y un llamado al

exterminio del adversario moral e intelectual. Para Wilson había un pueblo “que rige el comunismo, es el que consagra a sus secuaces en la obscuridad de la noche como si fueran murciélagos, el que hace gritar a cierta prensa pagada, de socialización, de ciencias, etc.” (Wilson, 1938: 224), en clara referencia al pueblo judío. Aquellos que creían en la estrategia perversa del sentimentalismo judío, debían perecer: “los ingenuos que creen las patrañas ideadas por ellos ¡qué se consuman! ¡qué se exterminen!” (224).

Para Wilson no había contradicción entre ciencia y religión; la Biblia ya había condenado la anticoncepción, por lo que en realidad, según este médico viñamarino “no hay contradicción entre la religión y la ciencia sincera. Otra vez queda demostrado que sin Dios no hay ciencia” (238). Al hacer repaso de las medidas anticoncepcionales disponibles, Wilson mencionaba el coitus interruptus, la castración, el condón y la esterilización por vía quirúrgica, en “uso en algunos países hoy en día con el propósito de esterilizar a los criminales se discute bajo otro punto de vista, que es el de la herencia, y que por el momento a nosotros no nos concierne” (234).

Tal vez la disculpa que Wilson ofrecía al auditorio católico escondía su fervor y admiración por la causa nazi fascista. Tan sólo un año después de la realización de las Jornadas, Wilson sería parte de un contingente médico en una visita a Alemania, organizada por la Academia Germano Íbero Americana que dependía del Instituto Íberoamericano de Berlín -el organismo al que el nazismo había encomendado la propaganda del régimen entre los países de lengua castellana- y la casa Bayer. Wilson, previamente seleccionado por su afinidad con las ideas fascistas para este viaje, declaraba a su regreso que: “Es el error más grande creer que Hitler es un sátrapa” y que “En Italia pude apreciar la organización maravillosa de este país bajo el régimen fascista de Mussolini” (El Mercurio de Valparaíso, 19/12/1937).

En la arremetida anticoncepcional, los argumentos científicos que se aducían en las Jornadas se mezclaban con advertencias de carácter mágico y condenatorio. La anticoncepción tenía como consecuencia la enfermedad y la anormalidad. Como indicaba Eduardo Keymer en su intervención, “toda mujer casada que se entrega habitualmente a las maniobras preventivas, se convierte, fisiológicamente hablando, en una anormal que puede ser castigada en su salud física, y sobre todo en su equilibrio nervioso-endocrino-simpático” (Keymer, 1938: 247).

El orador más importante de las Jornadas fue el presbítero y Dr. Carlos Hamilton, que era el asesor eclesiástico de la Academia de Medicina de la ANEC. Intervino con tres ponencias y con el discurso de cierre de las Jornadas. Trató los temas de la esterilización eugénica, del método Ogino de contracepción y el aborto.

Las palabras de Hamilton en las Jornadas parecen las de mayor carga ideológica. Junto a algunas afirmaciones que hoy resultan absurdas, como la de la conveniencia de que siguieran existiendo “tarados”, ya que “Hasta hay utilidad social en que existan algunas personalidades morbosas ... (¡para excitar al estudio y la caridad!)” (Hamilton, 1938a: 274), Hamilton seguía con rigor la doctrina de Pío XI en la encíclica *Castii Conubi* de 1931, que condenaba la esterilización eugénica, pero que rescataba el valor intrínseco de una eugenesia verdadera, en la que podían confluír ciencia y religión, sin contradicciones. La posición de Hamilton se acopla en forma fluida con las definiciones que se han hecho en torno a la idea de una “eugenesia latina”, la que se ha definido como “un corpus teórico que tuvo difusión relativamente homogénea en países signados por la presencia central de la iglesia católica” y que “deviene de la búsqueda de articular biología y religión a partir de una reinterpretación de la ciencia de Galton que no va a contradecir en modo alguno sus preceptos básicos” (Miranda y Vallejo, 2005: 237).

Para Hamilton “la doctrina católica tiene de su parte, la moral, la sociología, la medicina y el sentido común; ella salvaguarda juntamente la dignidad humana y el porvenir moral y hasta físico de la raza” (Hamilton, 1938a: 286) y “la palabra de la verdad científica coopera con la inmutable voz de la verdad divina” (Hamilton, 1938b: 292). La pugna entre ciencia y fe es vista como una “añeja mentira” (Hamilton, 1938d: 392) y advertía que en realidad, sacerdote y médico son parte de la misma gesta de fe: el ejercicio de la medicina es “sacerdocio de caridad” (395), mientras que los sacramentos manifiestan una terapéutica superior, sobre todo “la divina psicoterapia del sacramento de la Confesión” (396). Ciencia eugénica y catolicismo no sólo podían convivir, sino que eran fuerzas afines y coincidentes.

VII. CONCLUSIONES.

Como ha señalado Habermas, parece ser que los conocimientos científicos, cuanto más conciernen a nuestro cuerpo, más angustia e inquietud producen. Este es sin duda el caso de la eugenesia, cuyo escenario de acción e intervención era la reproducción humana y la herencia entre generaciones. Por ser al mismo tiempo un proyecto faústico e impío, la eugenesia parece haber despertado muchas angustias y un potencial religioso muy activo.

La fina complejidad de la discusión entre religión y ciencia, entre eugenesia y viejo o nuevo humanitarismo, se dio dentro de un contexto de profesionales, laicos y creyentes, que pertenecían a una elite intelectual y urbana. Así, importa sobremanera documentar y conocer este debate, pero también importa comprender que se trata de un debate con un fuerte componente de clase y de género, en

el que se hablaba y se decidía por aquellos que eran considerados irresponsables moral e intelectualmente: las mujeres, los pobres y los indígenas, entre otras categorías de sujeto.

Desde sus orígenes la medicina ha tenido una relación compleja con los sentimientos religiosos. El chamán ha sido siempre tanto sanador como intermediario con el mundo de los espíritus. El desarrollo de la racionalidad y de la secularización, aspectos que hemos asociado, al inicio de este trabajo con el proyecto moderno, fueron esenciales en el desarrollo de las ciencias. La propuesta de Augusto Comte de un desarrollo progresivo de los tres estadios de conocimiento (mágico, religioso y científico) alentó durante algún tiempo la idea de que se había llegado al tercer estadio y que era imposible volver sobre los argumentos y dinámicas propias de los estadios anteriores. Lo cierto es que las tradiciones científicas suelen convivir con formas de pensamiento mágico-ocultista, místicas, religiosas y con otras formas de irracionalidad.

Lo paradójico de la eugenesia es su voluntad de transformarse en una religión y su grado de interlocución original y constante con el mundo religioso. La apelación a las sociedades antiguas era un desafío a la moral cristiana y los eugenistas chilenos no fueron ajenos a ese argumento, que reprodujeron e incluso complementaron con ejemplos de las culturas precolombinas. La crítica de la moral cristiana iba dirigida también a la asistencia social y a la negativa básica del pensamiento judeocristiano, tanto religioso como secular, a manipular la vida humana exclusivamente en relación a los costos y beneficios. Este impasse fue solucionado por los eugenistas radicales, positivistas, que endiosaban a la naturaleza y su sabiduría seleccionadora, desacreditando el “humanitarismo” y proponiendo la acción eugénica como una forma superior de piedad.

El ambiente católico formó su opinión y su discurso en relación a la eugenesia en forma reactiva e intentó contener el avance del eugenismo, limitándose a distinguir el eugenismo bueno y digno de promoverse, que era fundamentalmente el consejo prematrimonial y la abstención del uso de métodos anticoncepcionales, de un eugenismo reprobable, que era el que intervenía el cuerpo en nombre del Estado. La discusión desbordó el campo eugénico, para intentar definir quién tenía derecho a intervenir los cuerpos: si el Estado, la iglesia o los individuos. La posición católica tampoco era todo lo monolítica y humanitaria que pudiera pretenderse. Contenía una fuerte admiración por el fascismo, un desprecio de la democracia, clasismo, discriminación, antisemitismo y llamados a quemar en la hoguera a los que pensaban distinto.

Esta investigación, junto con aspirar a ser un aporte a la historia de la eugenesia en Chile, documentando sus complejas relaciones con la religión, replantea algunas de las preguntas que interpelan a las relaciones entre ciencia y

religión desde fines del siglo XIX y que hoy en día podemos ver en el ambiente mistificante que rodea la investigación sobre el ADN. Lo que era el alma para el cristianismo, un concepto arquetípico que permitía comprender la persona y la persistencia del yo, hoy lo es el ADN para la cultura de masas, un objeto de adoración, santo e inmortal, un terreno de lo prohibido que hace de los campos de aplicación de los conocimientos genéticos, nuevos “lugares de mistificación” (Testart, 2006: 12).

De la misma manera, a partir de las utopías eugénicas que Lucas Sierra comunicaba hacia Chile en 1913, que Ottmar Wilhelm renovaba en la idea de un médico eugénico misionero y que persistían en la visión de un médico católico, de ciencia y de conciencia de Mönckeberg, Wilson y Hamilton, se plantea una perturbadora pregunta acerca de la preocupación fundamental de este dossier: las relaciones entre medicina y modernidad.

Según Habermas, la filosofía racionalista de la modernidad, abierta a su autoindagación, no está exenta del riesgo de caer “en la tentación de entregarse sin más a la autoridad y el gesto de lo sagrado hueco y anónimo” (2002: 143). Mientras que el científico creyente, de ayer y de hoy, parece redoblar su cientificismo “como para hacerse perdonar su convivencia con lo irracional” (Testart, 2006: 10), el optimismo tecnológico contemporáneo no piensa en poner límites a la capacidad de respuesta ecológica del planeta. Dios y la ciencia pueden proveer respuestas indefinidamente. Como pregunta Testart, a propósito de los científicos provistos de una fe, “¿es su mentalidad inamovible de creyentes la que los lleva a adorar lo religioso que perciben en la ciencia si la creen todopoderosa?” (10).

VIII. FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA.

FUENTES.

1. Andueza, Juan. “Las Leyes de Esterilización”. *Anales de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales* 1.1-2 (1935): s.p. Web. 7. abr. 2014. <http://www.revistas.uchile.cl/index.php/ACJYS/article/viewArticle/3983/3879>
2. Barahona, Roberto. “Los Católicos ante el problema científico de la eugenesia”. *Jornada Católica de Estudios Médicos de la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos*. Santiago de Chile: ANEC, 1938. 185-200. Impreso.
3. Betzhold, Hans. *Eugenesia*. 2 ed. revisada y aumentada. Santiago de Chile: Zig Zag, 1942. Impreso.
4. Carrasco, Benigno. *La Eugenesia en el ambiente boliviano*. La Paz: Talleres gráficos de Armando Gamarra y Cía., 1945. Impreso.

5. Coutts, Waldemar. “El problema de la esterilización desde el punto de vista bio-social”. *Revista Médica de Chile*. 1934. 391-405. Impreso.
6. Grossi Aninat, Amanda. *Eugenesia y su Legislación*. Santiago de Chile: Nascimento, 1941. Impreso.
7. Hamilton, Carlos. “El problema de la esterilización eugénica”. *Jornada Católica de Estudios Médicos de la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos*. Santiago de Chile: ANEC, 1938a. 253-287. Impreso.
8. ---. “La continencia periódica en el matrimonio según el método del dr. Ogiño, y la solución cristiana al problema de los hijos”. *Jornada Católica de Estudios Médicos de la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos*. Santiago de Chile: ANEC, 1938b. 289-320. Impreso.
9. ---. “El derecho a la vida. Aborto y feticidio”. *Jornada Católica de Estudios Médicos de la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos*. Santiago de Chile: ANEC, 1938c. 321-351. Impreso.
10. ---. Discurso de clausura. *Jornada Católica de Estudios Médicos de la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos*. Santiago de Chile: ANEC, 1938. 391-399. Impreso.
11. Keymer, Eduardo. Sección Médico Moral. “Uso de anticoncepcionales. Problema económico social”. *Jornada Católica de Estudios Médicos de la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos*. Santiago de Chile: ANEC, 1938, 239-252. Impreso.
12. Martín Álamos, Manuel. “La esterilización”. Memoria de prueba para optar al grado de Licenciado en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Chile. Talleres Gráficos La Discusión de Chillán, 1935. Impreso.
13. Mönckeberg, Carlos. “Consideraciones sobre la protección social y médica de la mujer como factor de eugenesia”. *Revista Médica de Chile*. 1925. 89-96. Impreso.
14. ---. “Natalidad e Intelectualidad”. *Revista Médica de Chile*. 1932. 359-368. Impreso.
15. ---. “El tratamiento obstétrico en las tuberculosas”. *Revista Médica de Chile*. 1934. 451-460. Impreso.
16. Montero, Enrique. “Introducción”. *Jornada Católica de Estudios Médicos de la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos*. Santiago de Chile: ANEC, 1938. 3-6. Impreso.
17. Noé, Juan. “Impresiones de un observador. Discurso del Prof. Noé en la sesión en honor de la Semana de la Tuberculosis”. *Revista Médica de Chile* 1926. 568-574. Impreso.

18. Orriols, Agustín. “Interrupción del embarazo”. *Jornada Católica de Estudios Médicos de la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos*. Santiago de Chile: ANEC, 1938. 201-209. Impreso.
19. Sierra, Lucas. “Resumen de algunos trabajos presentados al XVII° Congreso Internacional de Medicina celebrado en Londres en Agosto de 1913”. *Revista Médica de Chile*, 1914. 1-26. Impreso.
20. Wilhelm, Ottmar. “La importancia de la Zoología en los estudios de la medicina”. *Revista Médica de Chile* 1924. 363-384. Impreso.
21. Wilson, Juan. “De los hijos, fin primario del matrimonio”. *Jornada Católica de Estudios Médicos de la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos*. Santiago de Chile: ANEC, 1938. 223-238. Impreso.

BIBLIOGRAFÍA.

22. Berman, Marshall. *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. México D.F.: Siglo XXI, 2008. Impreso.
23. Carol, Anne. *Histoire de l'eugenisme en France. Les médecins et la procréation XIX-XX siècle*. París: Editions de seuil, 1995. Impreso.
24. Chuaqui, Benedicto, Ignacio Duarte y Juan Eduardo Vargas. *Médicos de ciencia y de conciencia. La Escuela de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Católica, 2005. Impreso.
25. Cid, Gabriel. “Médicos, abogados y eugenesia negativa en Chile 1933-1941”. *Anales de Historia de la medicina de la Sociedad Chilena de Historia de la Medicina* 1.19, 2009. 35-46. Impreso.
26. Cruz Coke, Ricardo. *Historia de la Medicina en Chile*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello, 1995. Impreso.
27. Girón, Álvaro. “Segando la hierba bajo los pies del cristianismo: darwinismo y religión en Piotr Kropotkin”. *Darwinismo, Biología y Sociedad*. Ed. Rosaura Ruiz, Miguel Ángel Puig Samper y Graciela Zamudio. Madrid: UNAM/Doce Calles, 2013. 193-209. Impreso.
28. Habermas, Jürgen. *El discurso filosófico de la modernidad (doce lecciones)*. Buenos Aires: Taurus, 1989. Impreso.
29. ---. *El futuro de la naturaleza humana. ¿Hacia una eugenesia liberal?* Barcelona: Paidós, 2002. Impreso.
30. La Vergata, Antonello. “Eugenesia y Utopía”. *Darwinismo, Biología y Sociedad*. Ed. Rosaura Ruiz, Miguel Ángel Puig Samper y Graciela Zamudio. Madrid: UNAM/Doce Calles, 2013. 235-251. Impreso.

31. Maiocchi, Roberto. *Scienza italiana e rascismo fascista*. Firenze: La Nuova Editrice, 1999. Impreso.
32. Miranda, Marisa y Gustavo Vallejo. “Las formas del organicismo social en la eugenesia latina”, en *Darwinismo social y Eugenesia en el mundo latino*. Ed. Marisa Miranda y Gustavo Vallejo. Buenos Aires: Siglo XXI, 2005. 231-272. Impreso.
33. ---. (dirs.). *Una historia de la eugenesia. Argentina y las Redes Biopolíticas Internacionales 1912-1945*. Buenos Aires: Biblos, 2012. Impreso.
34. Noll, Richard. *El Cristo Ario*. Barcelona: Ediciones B, 2002. Impreso.
35. Pinto, Julio y Gabriel Salazar. *Historia Contemporánea de Chile. Vol V, Niñez y Juventud*. Santiago de Chile: LOM, 2002. Impreso.
36. Platen-Hallermund, Alice. *Exterminio de enfermos mentales en la Alemania nazi*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2007. Impreso.
37. Salinas Silva, Víctor Hugo. “Prevenir es mejor que curar: el discurso médico-preventivo en Chile. Higiene, Eugenesia y Ciencia. 1892-1946”. Tesis. Universidad Católica de Valparaíso, 2011. Impreso.
38. Sánchez, Marcelo. “Apropiación latinoamericana de la eugenesia anglosajona. Discursos en Chile y Argentina sobre la ley de esterilización obligatoria del nacionalsocialismo”. *Una historia de la eugenesia: Argentina y las redes biopolíticas internacionales*. Dir. Marisa Miranda y Gustavo Vallejo. Buenos Aires: Biblos, 2012. 367-392. Impreso.
39. Sociedad Chilena de Obstetricia y Ginecología. Web. 4 abr. 2014 <http://www.sochog.cl/resena.php>
40. Testart, Jacques. “La ciencia como religión”. *Ciencia, tecnología y sociedad*. Selección de Artículos de Le Monde Diplomatique. Santiago de Chile: Editorial Aún Creemos en los Sueños, 2006. 7-16. Impreso.